

EL ALBA

El Heraldo de la Presencia de Cristo



La Revista El Alba

Mayo de 2026

Índice

EL ARTÍCULO PRINCIPAL.....	2
RESPUESTA A LA PREGUNTA DE JOB.....	2
LOS ESTUDIOS BÍBLICOS	19
LA COMPASIÓN FUERA DE LUGAR DE JONÁS.....	19
ADVERTENCIA CONTRA LA OCIOSIDAD	22
GENEROSIDAD CRISTIANA	25
LA OBSERVANCIA CORRECTA DEL SÁBADO.....	28
EXHORTÁNDONOS UNOS A OTROS.....	31
VIDA CRISTIANA Y DOCTRINA	34
EL VIAJE DE ISRAEL AL MAR ROJO	34

¡Siga la lectura en su Biblia!

Respuesta a la pregunta de Job

*«Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?»
Job 14:14*

Ningún tema despierta un interés más universal que el que encierra esta apremiante pregunta formulada por Job. En circunstancias normales, nadie quiere morir, pero todos se dan cuenta de que, por lo que respecta a la previsión de la humanidad, la muerte aguarda a todos los miembros de la humanidad. Por lo tanto, la pregunta que está en el corazón de todos y en los labios de muchos es si hay vida después de la muerte.

A lo largo de los siglos, las personas, en su dolor por la muerte de sus seres queridos y en la certeza de su propio colapso definitivo ante el gran enemigo, la muerte, han ideado todo tipo de filosofías para calmar sus temores y negar la realidad de lo que es tan trágicamente real. Han adoptado la creencia de que la muerte no es lo que parece ser; que es un medio por el cual los seres humanos entran en otro reino de vida más sublime o, en algunos casos, en una condición de tormento eterno.

¿Dónde están los muertos? ¿Qué sucede cuando una persona muere? ¿Están los muertos más vivos que los vivos? Hace miles de años, el hombre justo Job preguntó las palabras citadas en nuestro versículo inicial: «Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?» Aquí el profeta de Dios habló en nombre de miles de millones de personas que han llorado la

pérdida de sus seres queridos y que, al igual que toda la humanidad, han temido la llegada de la muerte segura.

Job tenía un interés personal y vital en la respuesta a su pregunta, pues acababa de pedirle a Dios que lo dejara morir (Job 14:13). Job no estaba cansado de vivir, sino agotado por el sufrimiento hasta el punto de preguntarse si valía la pena vivir en tales condiciones. Santiago escribió: «Habéis oído hablar de la paciencia de Job» (Santiago 5:11). Job necesitaba paciencia, pues Dios había permitido que le sobrevinieran graves calamidades. Sus rebaños, sus manadas y su familia fueron destruidos por completo. Perdió la salud y se vio afligido por una repugnante enfermedad de la piel que le cubría todo el cuerpo. Finalmente, su esposa se volvió contra él y le dijo: «Maldice a Dios y muere» (Job 2:9).

Job, sin embargo, no tenía intención de maldecir a Dios. Confiaba en Dios aunque no entendía por qué se le permitía sufrir tanto. Es comprensible que buscara liberarse del sufrimiento si esa era la voluntad de Dios, por lo que oró: «¡Ojalá me escondieras en la tumba, me mantuvieras en secreto, hasta que pasara tu ira, me fijaras un plazo y te acordaras de mí!» Job 14:13

Habiendo pedido así a Dios que le dejara morir, Job reflexionó sobre lo que implicaría que Dios respondiera a su oración y le permitiera morir. Así que preguntó, en las palabras de nuestro texto inicial: «Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?». Job preguntó desde el punto de vista de su propia experiencia y sentimientos. Sin embargo, como profeta de Dios, sus palabras están divinamente

inspiradas, por lo que sabemos que formuló la pregunta sobre la vida después de la muerte de una manera acorde con la verdad de la Palabra de Dios sobre el tema.

Es importante notar que Job no preguntó: «Si un hombre muere, ¿está más vivo que nunca?». Tampoco preguntó: «Si un hombre muere, ¿significa eso que se ha ido al cielo o a un lugar de tormento?». Job sabía que cuando un hombre muere, está muerto, por lo que la pregunta que hizo fue: «¿Volverá a vivir?». Así, se nos llama la atención sobre la gran verdad fundamental de la Biblia de que la vida después de la muerte depende de la restauración de los muertos a la vida. Hay esperanza de vida después de la muerte, no porque no exista la muerte, sino porque Dios ha prometido usar su gran poder para devolver a los muertos a la vida. Job creía que si se le permitía morir para escapar de más sufrimiento, Dios lo resucitaría más tarde. Dijo: «Todos los días de mi tiempo señalado esperaré [en la muerte], hasta que llegue mi cambio [de la muerte a la vida]. Tú me llamarás, y yo te responderé; tendrás deseo de la obra de tus manos». Job 14:14, 15

La esperanza de la resurrección

Es esta esperanza de la resurrección la que tenía Job, la cual se expone tan claramente y con tan reconfortante seguridad en el Nuevo Testamento. El apóstol Pablo escribió: «Puesto que por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos» (1 Corintios 15:21). En este texto, el «hombre» perfecto, Adán, transgredió la ley divina y trajo sobre sí mismo y sobre su descendencia la pena de muerte. El «hombre»

perfecto, Jesús, tomó el lugar del pecador en la muerte y, de este modo, hizo posible la liberación de la raza adánica de la muerte por medio de la resurrección. Esto es lo que Pablo quiso decir cuando escribió: «La paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Romanos 6:23).

¿Por qué la confusión?

El origen de gran parte de la confusión sobre la vida después de la muerte se remonta al Jardín del Edén. Dios le dijo a Adán: «No comas del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque el día que comas de él, ciertamente morirás». (Génesis 2:17). Más tarde, Satanás, hablando a través de la serpiente, le preguntó a Eva al respecto, diciendo: «¿Es verdad que Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?». Eva confirmó lo que Dios había dicho, incluida su afirmación de que la muerte sería el castigo por la desobediencia. Génesis 3:1-3

Entonces Satanás, respondiendo a Eva, dijo: «De ninguna manera moriréis» (Génesis 3:4). Esto fue una negación descarada de lo que el Creador había dicho. En efecto, Satanás acusó a Dios de mentir cuando dijo que la muerte sería el castigo por la desobediencia. Es posible que Satanás creyera que de alguna manera podría frustrar el propósito divino de infligir la pena de muerte al hombre. De ser así, pronto descubrió que sus esfuerzos por hacerlo eran inútiles, pues la humanidad comenzó a morir.

Sin embargo, Satanás no admitió que estaba equivocado. En cambio, comenzó, a través de agentes humanos, a difundir la mentira de que la muerte no es lo que parece ser, que no existe la

muerte. En la medida en que pudiera inducir a las personas a creer esto, estaría demostrando que dijo la verdad cuando le dijo a Eva: «De ninguna manera moriréis»; solo parecerá que morirán, y cuando parezcan morir estarán más vivos que nunca.

Jesús dijo de Satanás: «Él es mentiroso y padre de la mentira». (Juan 8:44). En otras palabras, Satanás engendró la primera mentira, y fue la mentira más devastadora y de mayor alcance que jamás se haya dicho. Esta falsedad, que se originó en el Jardín del Edén, ha corrompido la Verdad sobre la muerte en las mentes de personas de todas las naciones y religiones; mientras que la Verdad, tal como la expresó Dios en la declaración: «Ciertamente moriréis», solo ha sido creída por relativamente pocos.

La falsedad de la «entidad separada»

Ha sido evidente para todos que el cuerpo humano muere y vuelve a los elementos. Satanás sabía que no había forma posible de engañar a la gente con respecto a esto. Por lo tanto, comenzó a difundir la noción de que hay algo dentro del organismo humano que está separado del cuerpo, una entidad que escapa del cuerpo cuando este muere y continúa viviendo. En los círculos que se profesan cristianos, a este algo indefinible se le denomina el «alma inmortal».

Los antiguos egipcios sostenían esta opinión. Más tarde fue adoptada por los filósofos griegos y romanos. Después de que los apóstoles fallecieron, fue introducida en la iglesia cristiana por filósofos paganos. Aunque se describe de diversas maneras, esta teoría de que hay algo dentro del hombre que

no puede morir, y por lo tanto de que no existe la muerte, ha sido la creencia común de la mayoría de los religiosos, tanto cristianos como no cristianos.

La Biblia indica que este pensamiento prevalecía entre muchos incluso en los días del rey Salomón, y lo encontramos combatiendo este error con la Verdad. Él escribió: «Lo que le sucede a los hijos de los hombres le sucede a las bestias; a ambos les sucede lo mismo: como muere uno, así muere el otro; sí, todos tienen un mismo aliento; de modo que el hombre no tiene preeminencia sobre la bestia, pues todo es vanidad. Todos van a un mismo lugar; todos son del polvo, y todos vuelven al polvo. ¿Quién sabe [quién puede demostrar] si el espíritu del hombre sube, y el espíritu de la bestia desciende a la tierra?» Eclesiastés 3:19-21

Con qué claridad expone Salomón la Verdad de Dios, afirmando que en la muerte el hombre y la bestia son iguales, que todos tienen un mismo aliento, o «*el espíritu*», como se traduce la misma palabra hebrea en Eclesiastés 3:21. Después de exponer así la Verdad, pregunta: «¿Quién sabe [puede demostrar lo contrario]?» Evidentemente, él sabía que las naciones paganas circundantes creían en la mentira de Satanás de que no hay muerte, de que, aunque el cuerpo muere, hay un «*espíritu*» que va «hacia arriba» y sigue viviendo. Sin embargo, Salomón muestra que esto no es cierto. Más bien, dice que, en la muerte, el hombre y los animales son iguales. La preeminencia del hombre radica en el hecho de que Dios ha prometido devolver la vida a los humanos muertos en la resurrección, pero no ha prometido hacer lo mismo con los animales inferiores.

El «alma inmortal» no es bíblica

La expresión «alma inmortal» no aparece en ninguna parte de la Biblia, ni las Escrituras enseñan ni remotamente que una entidad separada more dentro del cuerpo humano y escape para vivir en otro lugar cuando el cuerpo muere. El primer uso de la palabra «alma» en la Biblia se encuentra en Génesis 2:7. En este versículo se nos dice que Dios creó al hombre del «polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en un alma viviente».

Observe que el versículo dice que el hombre «se convirtió» en un alma viviente, no que «tiene» el alma. Un «alma viviente» es simplemente un ser vivo, o una criatura viviente, que, como revela este texto, resulta de la unión del aliento de vida con el organismo, o cuerpo. El cuerpo no es el alma. El aliento de vida no es el alma. Es cuando, a través del poder divino, el aliento da vida al cuerpo que la combinación de ambos da como resultado un «alma viviente».

Salomón dijo que el hombre y la bestia tienen todos un mismo aliento, y tenía razón. Con respecto a los seres humanos y los animales inferiores destruidos en el Diluvio, leemos: «Murió toda carne que se movía sobre la tierra, tanto de aves como de ganado, y de bestias, y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y de todo hombre; todo lo que tenía aliento de vida en sus fosas nasales, de todo lo que estaba en la tierra seca, murió». Génesis 7:21, 22

Dado que la creación animal vive por medio del mismo «aliento de vida» que permite vivir al hombre, los animales también son «almas vivientes». Esta

importante verdad queda oculta al lector casual de la Biblia debido a la inconsistencia de la traducción. Por ejemplo, Génesis 1:24 dice: «Dijo Dios: “Que la tierra produzca seres vivientes según su género: ganado, reptiles y bestias de la tierra, cada uno según su género”; y así fue». En este texto, la frase «seres vivientes» es una traducción de precisamente las mismas palabras hebreas que se traducen como «el alma viviente» en Génesis 2:7, donde se hace referencia a Adán; las palabras «ser» y «alma» son ambas traducciones de la palabra hebrea «nephesh». Dado que los traductores se esforzaron por establecer una diferencia entre el hombre y los animales, algo que las Escrituras no justifican, utilizaron la palabra «criatura» cuando se referían a los animales inferiores, y «el alma» cuando el texto se refería al hombre. No es de extrañar que Salomón escribiera: «Como muere uno, así muere el otro».

El pensamiento correcto lo expresa claramente Salomón, quien, al describir lo que sucede cuando un hombre muere, escribió: «Entonces el polvo volverá a la tierra como estaba, y el espíritu volverá a Dios que lo dio». (Eclesiastés 12:7). La simple verdad expuesta en este texto se confunde en la mente de muchos por un e e malentendido de la palabra «*el espíritu*». Esta traduce la palabra hebrea «*ruach*», que simplemente significa «aliento» o, como en este caso, el poder invisible de la vida.

Este texto ni siquiera sugiere remotamente que cuando un hombre muere haya una entidad consciente que escape de su cuerpo y sea llevada ante Dios en el cielo. La palabra «*regresar*» utilizada en el texto anterior excluye la posibilidad de tal

interpretación. El cuerpo regresa al polvo porque vino del polvo. Si el «*espíritu*» fuera una entidad separada que regresara a Dios, significaría que anteriormente moraba con Dios y se le permitió venir a la tierra temporalmente para habitar un cuerpo humano. ¡Qué irracional sería tal conclusión!

¿Hasta qué punto, sin embargo, concuerda la definición de muerte de Salomón con los hechos expuestos en la Biblia respecto al alma o ser viviente del ser humano? Cuando el cuerpo y el aliento regresan a sus fuentes originales, el alma o ser viviente deja de existir. Ha muerto, y la muerte es el castigo por el pecado. Ezequiel 18:4 declara con palabras sencillas: «El alma que peca, esa morirá».

La muerte denominada «sueño»

Debido a que Dios ha prometido devolver la vida a los humanos fallecidos, la Biblia se refiere a los que han muerto como si estuvieran durmiendo. Esta importante verdad de la Biblia es resaltada por Jesús en su referencia a la muerte de Lázaro, el hermano de Marta y María. Él les dijo a sus discípulos: «Nuestro amigo Lázaro duerme». Los discípulos pensaron que Jesús se refería al sueño natural, por lo que les dijo claramente: «Lázaro ha muerto». Juan 11:11-14

Aquí Jesús expuso una de las enseñanzas básicas de la Palabra de Dios. Lázaro estaba muerto, pero también estaba «dormido». Cuando Dios le dijo a Adán que la desobediencia resultaría en la muerte —«Ciertamente morirás»—, se refería a la extinción de la vida. Esta extinción de la vida habría sido permanente de no ser por el hecho de que Dios aún amaba a sus criaturas humanas y les proporcionó

redención mediante el regalo de su amado Hijo para ser el redentor y Salvador de la humanidad de la muerte. Juan 3:16, 17; 1 Timoteo 2:3-6

Jesús entregó su «carne», su humanidad, como «el rescate [griego: precio correspondiente] por todos», «por la vida del mundo» (Juan 6:51). La desobediencia del hombre perfecto, Adán, trajo el pecado y la muerte sobre todos sus descendientes. La justicia de Dios exigía «vida por vida», la muerte del hombre perfecto, Jesús, para compensar la desobediencia y la pena de muerte impuesta a Adán. La muerte de Jesús proporcionó el «rescate», o precio correspondiente, por Adán. En consecuencia, fue Jesús quien «por la gracia de Dios debía probar la muerte por todos» (Éxodo 21:23; Romanos 5:12-19; Hebreos 2:9). Así, se dispuso el pago de la pena, la sentencia de muerte, que se dictó contra Adán y su raza. Aunque todos han seguido muriendo, debido a la redención proporcionada por medio de Cristo Jesús, habrá un despertar de los muertos. Por lo tanto, la Biblia utiliza el término «sueño» para describir su ausencia de vida en este intervalo.

Los que están dormidos no tienen conciencia del mundo exterior, y lo mismo ocurre con los que están muertos. No ven nada, no oyen nada, no saben nada. La Biblia dice: «Los vivos saben que morirán, pero los muertos no saben nada» (Eclesiastés 9:5). Los que están dormidos pueden ser despertados; así que los que están «dormidos» en la muerte pueden ser despertados, y lo serán. Como dijo Jesús acerca de Lázaro: «Me voy, para despertarlo del sueño» (Juan 11:11). Todos los que están dormidos en la muerte serán despertados, por poder

divino, en la mañana del nuevo día de la tierra. Por eso leemos: «El llanto puede durar toda la noche, pero la alegría viene por la mañana». Salmo 30:5

Marta consolada

Jesús y la pequeña familia de Betania —María, Marta y Lázaro— eran amigos especiales. Cuando Lázaro enfermó, Jesús y sus discípulos se encontraban a cierta distancia de Betania. Las hermanas enviaron un mensaje a Jesús sobre la enfermedad de Lázaro, pero él no fue a verlas de inmediato. Esperó dos días. Entonces Jesús anunció que Lázaro había muerto y que estaba durmiendo, y que iba a «despertarlo del sueño». Juan 11:1-15

Marta salió al encuentro de Jesús cuando se acercaba a su casa. Reprendiéndolo con delicadeza, le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto» (Juan 11:21). Marta tenía el corazón destrozado, y esta era una excelente oportunidad para que Jesús la consolara, cosa que hizo. ¿Qué palabras tranquilizadoras de consuelo le dijo el Maestro a Marta en su momento de gran necesidad? ¿Le dijo Jesús, como se ha dicho a menudo en circunstancias similares: «Marta, tu hermano no está realmente muerto, simplemente se ha despojado de su envoltura exterior, su cuerpo»? ¿Dijo que el verdadero Lázaro estaba más vivo que nunca? ¿Le dijo Jesús a Marta que era muy probable que el «alma» de Lázaro estuviera flotando cerca? ¿Dijo: «Marta, no hay muerte»?

Jesús no dijo nada de eso. Anteriormente había dicho a sus discípulos: «Lázaro ha muerto», y ahora no iba a contradecir esa verdad diciéndole a Marta

que su hermano estaba más vivo que nunca. Lo que sí le dijo para consolar a Marta estaba en consonancia con el testimonio de toda la Palabra de Dios. Sabiendo que Lázaro estaba realmente muerto, le dijo a Marta: «Tu hermano vivirá de nuevo». Juan 11:23

Marta no estaba segura de lo que implicaban exactamente estas palabras. Sabía que Jesús había despertado a otros del sueño de la muerte, y le había dicho a Jesús: «Todo lo que le pidas a Dios, Dios te lo concederá», pero no estaba segura de que Jesús fuera a pedirle a Dios en ese momento que despertara a su hermano del sueño de la muerte. Ella respondió: «Sé que vivirá de nuevo en la resurrección del último día». Juan 11:22, 24

Marta sabía claramente que habría una resurrección general de todos los muertos, y que entonces Lázaro sería despertado del sueño de la muerte. Ella conocía las promesas registradas en el Antiguo Testamento, y había prestado atención reverente y creyente a las enseñanzas de Jesús, por lo que sabía que había una gloriosa esperanza de resurrección para toda la humanidad. Marta también entendía que la resurrección general tendría lugar en «el último día». El último día no es el «día del juicio final», como muchos han supuesto. La palabra «día» en este caso se refiere a un período, un tiempo en el gran plan de Dios para la redención y la salvación de la humanidad del pecado y la muerte.

Hay varios períodos de tiempo, o edades, en el plan de salvación de Dios, tanto antes como después de la Primera Venida de Cristo. Estas han sido edades preparatorias en las que Dios ha seleccionado y preparado a aquellos que cooperarían con Jesús en

el período final del arreglo divino, la edad del reino justo de Dios, bajo el gobierno de Cristo. (Jeremías 23:5; Mateo 6:10). Es entonces cuando el plan de Dios alcanzará su consumación con el despertar de los muertos y la restauración a la perfección de la vida para todos los que entonces crean y obedezcan las leyes del reino de Cristo.

Marta sabía acerca de esta era final, o último día, en el plan de Dios, y que su hermano, y todos los que habían muerto, serían entonces despertados del sueño de la muerte. Sin embargo, Marta no sabía si esto era lo que Jesús quería decir cuando dijo: «Tu hermano vivirá de nuevo», ni Jesús le explicó directamente cuáles eran sus intenciones inmediatas. En cambio, respondió: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, nunca morirá». (Juan 11:25, 26). Al identificarse a sí mismo como «la resurrección y la vida», Jesús demostró que él era quien despertaría a todos los muertos en el último día. Entonces, durante el reino, dará vida eterna a todos los que se vuelvan obedientes a los principios de Dios y que en ese momento hayan creído en él de todo corazón.

Después de tranquilizar a Marta asegurándole que la resurrección de la humanidad tendría lugar, Jesús le preguntó: «¿Crees esto?». Marta respondió: «Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios». (Juan 11:26, 27). Marta entendió, y con razón, que el Cristo, o Mesías prometido, sería enviado al mundo para salvar a la humanidad de la muerte, y que esto se lograría mediante el despertar de todos aquellos que duermen en la muerte. Ella creía que en Jesús estaba «la resurrección y la vida».

El despertar de Lázaro

Después de que Marta confesara su fe en Jesús como el Mesías y en su capacidad para devolver la vida a los muertos, regresó a su casa y le pidió a María que la acompañara a encontrarse con Jesús, lo cual ella hizo. El corazón de Jesús se conmovió ante esta escena de dolor y gran pérdida, y, junto con los demás, también lloró. Luego pidió que le mostraran la tumba donde estaba enterrado Lázaro. Juan 11:28-35

De pie junto al sepulcro, Jesús pidió que se quitara la piedra que tapaba la entrada. Entonces Marta protestó. Anteriormente había confesado su fe en que Jesús podía devolver la vida a su hermano, pero ahora dudaba y le dijo a Jesús: «Señor, ya huele mal, pues lleva cuatro días muerto». (Juan 11:39). A Jesús esto no le importaba. Estaba a punto de demostrar con Lázaro lo que finalmente se lograría por el poder divino para todos los que han muerto, y donde opera el poder divino no importa si una persona ha estado muerta cuatro días o miles de años; la vida puede ser restaurada. Aquel que, como instrumento de Dios, creó la vida en primer lugar, es plenamente capaz de restaurarla.

De pie ante la tumba abierta, y tras una oración apropiada, Jesús gritó con voz fuerte: «Lázaro, sal». (Juan 11:43). Es interesante notar lo que el relato no dice. No dice respecto a Lázaro que hubiera ido al cielo y regresado. Lázaro no había ido al cielo. No dice que hubiera ido a un abismo de tortura e e eterna y que hubiera sido liberado del tormento. No existe ningún abismo de tortura eterna.

El relato afirma que cuando Jesús gritó: «Lázaro, sal... el que había muerto salió». Lázaro, «el que había muerto», había sido despertado del sueño de la muerte. Liberado de sus mortajas, Lázaro se mezcló y se reunió con su familia y amigos como lo había hecho antes. Restablecido a la vida, no era ni un fantasma ni un espectro. Era el mismo Lázaro de antes. Estaba contento de estar vivo de nuevo, y su familia estaba contenta de tenerlo de vuelta con ellos.

«No os maravilléis»

En una ocasión anterior, al hablar de la resurrección de los muertos, Jesús dijo: «No os maravilléis de esto, porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán: los que han hecho lo bueno, a la resurrección de vida; y los que han hecho lo malo, a la resurrección de juicio». (Juan 5:28, 29). Aquí se nos asegura que, así como Lázaro fue llamado a salir de la tumba, así todos los muertos serán llamados a salir en el momento de la resurrección general.

Observamos que Jesús aquí también habla de dos clases generales en la resurrección: los que han hecho el bien y los que han hecho el mal o no han hecho el bien. A los que han hecho el bien se les menciona en el versículo 24 como los «creyentes» de la era presente. Estos no entrarán en el juicio futuro, pues pasan su prueba con éxito en la vida presente. Al haber hecho «el bien» al creer y seguir fielmente las huellas de Jesús, han demostrado ser dignos de ser resucitados de la muerte a una resurrección e e de «vida». Aquellos que no han demostrado ser dignos de esta manera son despertados de la muerte y sometidos a juicio, pues

su despertar tendrá lugar durante el día del juicio de mil años del mundo. Hechos 17:31; 2 Pedro 3:8; Revelación 20:6

La palabra griega traducida como «juicio» en Juan 5:29 es «*krisis*». Todos los que ahora no se demuestren dignos de la vida se enfrentarán a una crisis cuando sean despertados del sueño de la muerte. Por supuesto, entonces serán plenamente iluminados en cuanto a las cuestiones involucradas. Se les dará la oportunidad, basada en la plena comprensión, de aceptar la provisión de vida hecha para ellos a través de Cristo y de obedecer las leyes de su reino justo, que entonces estará a cargo de los asuntos de toda la humanidad. Si aceptan y obedecen, serán restaurados a la perfección de la vida humana y vivirán para siempre. Esta será su resurrección completa. Si no aceptan y obedecen, volverán a la muerte. De ese tiempo, Pedro dijo que aquellos que no obedecen «serán completamente eliminados» de entre el pueblo. Hechos 3:23

Los creyentes de la era actual, que han demostrado ser dignos de vivir y reinar con Cristo, participarán en la resurrección para «gloria, honor e inmortalidad». (Romanos 2:7). Se ve, pues, que la inmortalidad no es una cualidad inherente al hombre, sino una gloriosa recompensa ofrecida a aquellos que están dispuestos a sufrir y morir con Jesús para que puedan vivir con él. Como coherederos con Jesús en su reino, estos también serán co-jueces con él durante ese período de juicio. 1 Corintios 6:2; Revelación 3:21; 5:10

¡Qué feliz consumación del plan de Dios será esta! El reinado del pecado y la muerte, provocado por la transgresión de Adán en el Edén, no durará para si

. Todos los que han muerto durante este largo período de llanto serán despertados y se les dará una oportunidad individual de obedecer las leyes de Dios y vivir para siempre sobre la tierra.

Esta es una esperanza gloriosa para la humanidad, y el profeta de Dios, David, la expone de manera simbólica y hermosa. Citamos: «Decid entre las naciones: El Señor reina. El mundo está firmemente establecido; no puede ser movido; él juzgará a los pueblos con equidad. Alégrese los cielos, regocíjese la tierra; resuene el mar y todo lo que hay en él. Que se regocijen los campos y todo lo que hay en ellos; que canten de alegría todos los árboles del bosque. ... Él viene a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia y a los pueblos con su fidelidad» (Salmo 96:10-13). En efecto, hay vida después de la muerte, porque por poder divino los muertos serán devueltos a la vida. Esta es la gran esperanza que se nos ofrece en la Palabra de Dios.

Los Estudios Bíblicos

Lección para el 3 de mayo

La compasión fuera de lugar de Jonás

***Versículos clave: «Entonces el Señor dijo: “Te has preocupado por esta planta, aunque no la cuidaste ni la hiciste crecer. Brotó de la noche a la mañana y murió de la noche a la mañana. ¿Y no debería yo preocuparme por la gran ciudad de Nínive?
Jonás 4:10, 11***

***Pasajes seleccionados:
Jonás 3:1-5; 4:1-11***

Nínive era la capital del imperio asirio, uno de los enemigos de Israel (2 Reyes 19:36). Dios le había ordenado al profeta Jonás que anunciara a los ninivitas que, debido a su maldad, los destruiría en cuarenta días. Tras escuchar la declaración de Jonás, el rey promulgó un decreto por el cual «ni hombre ni bestia» debía «comer ni beber agua», y todos debían «clamar a Dios con toda su fuerza». Entonces «se apartaron de sus malos caminos; y Dios se compadeció y no les trajo la destrucción que había amenazado». Jonás 1:2; 3:1-10

Sin embargo, esto «desagradó mucho a Jonás, y se enfadó mucho». Jonás le dijo a Dios: «Yo sabía que tú eres un Dios clemente y misericordioso, lento para la ira y de gran bondad, un Dios que se arrepiente de enviar la calamidad. Ahora, Señor, quítame la vida, porque es mejor para mí morir que

vivir». Entonces el Señor respondió: «¿Es justo que te enojas?» Jonás 4:1-4

Quizás Jonás tenía en mente la crueldad con la que los asirios habían tratado a su propio pueblo durante varias generaciones. Es posible que estuviera ansioso por ver ejecutado el juicio y exterminada a esta nación. (Isaías, capítulo 36). Muy decepcionado, el profeta salió de la ciudad. Se sentó en una colina cercana, a la sombra de una cabaña que él mismo había construido, para «ver qué sería de la ciudad». Jonás 4:5

Entonces «Dios preparó una calabaza... para que le diera sombra» a Jonás, y el profeta «se alegró mucho». Sin embargo, a la mañana siguiente, un gusano, que Dios también había preparado, destruyó la calabaza. Cuando salió el sol, «golpeaba la cabeza de Jonás, de modo que... deseaba en su interior morir». Jonás 4:6-8

Dios le dijo a Jonás: «¿Te desagrada hacer el bien, por causa de la calabaza?» «Tú has tenido piedad de la calabaza, por la cual no trabajaste ni la alimentaste, que era hija de una noche y pereció como hija de una noche; ¿y yo no tendré piedad de Nínive?» (Jonás 4:9-11). La expresión «hijo de una noche» se usaba para referirse a algo de naturaleza «efímera». El Señor estaba señalando el gran contraste entre la preocupación y la compasión de Jonás por una planta, frente a la que sentía por el pueblo de Nínive.

El deseo de Jonás de vengarse de los asirios, por los males que habían cometido en el pasado, lo había cegado ante el hecho de que ahora se habían arrepentido ante Dios. Dios vio las obras de los

ninivitas, que «se apartaron de sus malos caminos», cambiando su vida y su conducta. Fue eso lo que hizo que el Señor se ablandara.

Jesús confirmó la veracidad de este relato en el libro de Jonás y cómo los ninivitas se arrepintieron verdaderamente . (Lucas 11:29-32). Los versículos 31 y 32 de este pasaje demuestran que todos los muertos, incluidos los ninivitas, serán resucitados durante el futuro reino en la tierra. En ese momento, el juicio de aquellos que habían criticado y perseguido a Jesús durante su Primera Venida será menos favorable que el juicio que se mostrará hacia aquellos que nunca vieron ni oyeron la predicación y los milagros de Jesús. Una lección para nosotros: hay responsabilidad por el conocimiento que hemos recibido. Lucas 12:48

Advertencia contra la ociosidad

Versículo clave: «Os he mostrado todo, cómo, trabajando así, debéis apoyar a los débiles y recordar las palabras del Señor Jesús, cuando dijo: “Más bienaventurado es dar que recibir”». **Hechos 20:35**

Pasajes seleccionados:
Hechos 20:33-35; 2 Tesalonicenses 3:6-12

El apóstol Pablo había llegado a Mileto, un puerto marítimo, cerca del final de su tercer viaje misionero. Mientras esperaba la partida del barco, envió un mensaje a los ancianos de la cercana ciudad de Éfeso, preguntándoles si podían venir a reunirse con él. Sería la última vez que Pablo los vería.

Después de que los ancianos llegaron, Pablo les recordó «el tipo de vida que llevé entre ustedes todo el tiempo, sirviendo al Señor con toda humildad, con lágrimas y en medio de pruebas». Afirmó: «Nunca dejé de enseñarlos en público y en sus hogares, ni de insistir tanto a judíos como a griegos en la necesidad de volverse a Dios y creer en Jesús, nuestro Señor». Hechos 20:18-21

Pablo instó a los ancianos: «Cuidaos a vosotros mismos y a todo el rebaño» y «pastoread la Iglesia de Dios». (Hechos 20:28). Aquí Pablo señala que los ancianos tenían una doble responsabilidad, tanto para sí mismos como para los hermanos, sobre quienes el Señor los había puesto como subpastores. «Cuidaos», es decir, estad atentos y

examinad no solo lo que hacéis, sino también vuestros motivos.

Luego Pablo les recordó: «No he codiciado la plata, el oro ni la ropa de nadie. Ustedes mismos saben que estas mis manos han provisto para mis propias necesidades y para las de la gente que está conmigo» (Hechos 20:33, 34). Pablo era «fabricante de tiendas» de oficio y testificó que trabajaba «día y noche, para no ser de carga a ninguno de vosotros», a fin de proveerse de lo necesario para vivir, mientras predicaba y enseñaba el Evangelio a otros. Hechos 18:3, 1 Tesalonicenses 2:9; 2 Tesalonicenses 3:8; 1 Corintios 4:12

Citando nuestro versículo clave de una traducción diferente, Pablo concluyó: «En todo os he dado ejemplo, mostrándoos que, trabajando como yo, debéis ayudar a los débiles y tener presentes las palabras de Jesús, cómo Él mismo dijo: “Más bienaventurado es dar que recibir”». Hay abundantes oportunidades para que cada uno de nosotros sea generoso con los demás, incluso si no tenemos dinero para dar. Las expresiones de simpatía, aliento o simplemente una mirada amable, a veces han valido más para alguien que está desanimado que un puñado de oro.

Ser un «dador» significa pensar más en los demás y en sus necesidades, y menos en uno mismo. Ser «ocioso» es lo opuesto a ser un dador, y es una forma de egoísmo que puede conducir a la debilidad espiritual. (1 Timoteo 5:13). Pablo se pronunció con valentía contra los hermanos que practican la ociosidad, afirmando: «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma», y exhortando «que trabajen con

tranquilidad y coman su propio pan». 2 Tesalonicenses 3:7-12

Un elemento importante de una vida cristiana feliz es desarrollar el arte de dar, «con el corazón», a los demás. «Porque Dios ama al que da con alegría». (Éxodo 25:2; 2 E Corintios 9:7). Al hacerlo, nos volvemos más como Dios, porque Dios es el mayor dador. «Él dio a su Hijo engendrado, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna... para que el mundo sea salvo por medio de él». Santiago 1:17; Juan 3:16, 17

Generosidad cristiana

Versículo clave: «Cuando coseches en el campo y te quedes con una gavilla, no vuelvas a buscarla. Déjala para el extranjero, el huérfano o la viuda, a fin de que el Señor tu Dios bendiga todo lo que emprendas». Deuteronomio 24:19

***Pasajes seleccionados:
Deuteronomio 24:14-22***

El libro de Deuteronomio recoge el último mensaje que Moisés transmitió a los israelitas poco antes de su muerte. El objetivo de este mensaje era exhortarlos a recordar y poner en práctica las instrucciones que Dios había dado a su pueblo en el pasado. Una de estas instrucciones se recoge en nuestro versículo clave. En el versículo anterior se encuentra una explicación de este mandamiento. «Acuérdate de cumplir esto, porque fuiste esclavo en Egipto, y el Señor tu Dios te hizo redimido de allí. Por eso te mando que hagas esto». Deuteronomio 24:18

Los israelitas no debían ignorar a los que estaban indefensos y necesitados. Por el contrario, debían permitirles deliberadamente recoger, para su propio uso, lo que se había dejado en los campos. La razón de esta instrucción era que ellos también habían estado indefensos y necesitados cuando eran esclavos en Egipto. La lección es la consideración hacia los demás. Este es un aspecto de la semejanza con Dios, porque Dios mismo ha

aplicado este principio, ya que en su plan ha tenido en cuenta a la raza humana pobre e indefensa.

Cuando Adán, el ser humano perfecto, desobedeció voluntariamente la instrucción de Dios en el Jardín del Edén, la pena impuesta fue la muerte, la cual, a su vez, fue heredada por cada generación humana sucesiva a partir de entonces. (Génesis 2:16, 17). Puesto que todos los seres humanos nacieron en pecado e imperfectos, nadie podía «de ninguna manera ser el redentor de su hermano, ni dar a Dios el rescate por él». Salmo 49:7; 51:5

Solo una vida humana perfecta y sin pecado podía satisfacer la justicia de Dios: una vida humana perfecta, Jesús, por la desobediencia de la vida humana perfecta de Adán. (Éxodo 21:23; Romanos 5:12, 19). Dios redimió a cada miembro de la humanidad al enviar a su Hijo engendrado al mundo como un hombre perfecto, quien luego entregó voluntariamente su vida «como el rescate por todos», satisfaciendo así la justicia de Dios. Juan 3:16, 17; 1 Timoteo 2:5, 6; 1 Pedro 3:18

Así como Dios liberó a la nación de Israel de la esclavitud de la servidumbre egipcia, también ha liberado a los seguidores de Cristo de la esclavitud del pecado y de la muerte. (Juan 8:35, 36; 1 Corintios 15:22). Debemos recordar esto siempre; debemos mostrar amor y misericordia hacia aquellos que aún no han oído el Evangelio o que aún no han creído en él.

Hay ocasiones en que nos encontramos con personas que, aunque no son religiosas en absoluto, están pasando por experiencias difíciles en la vida, como una enfermedad o la muerte de un

ser querido. (Romanos 8:22). Debemos considerarlas como el «extranjero, el huérfano o la viuda» en esta instrucción que Dios le dio a Israel. Es posible que esas personas no hayan tenido la oportunidad de escuchar o creer en la Palabra de Dios, o que su mente esté cegada ante ella.

Debemos tener amor y compasión por ellos. Si es posible, también debemos compartir con ellos algunas «semillas» de la Verdad. Así, podemos darles la base bíblica para tener fe en la resurrección para todos y en las maravillosas bendiciones del reino que pronto vendrán sobre toda la tierra. (1 Corintios 15:21, 22; Revelación 21:1-5). Es posible que acepten la buena noticia ahora, o tal vez estemos sembrando semillas de verdad y esperanza, que brotarán en sus corazones en el reino de Cristo.

La observancia correcta del sábado

Versículos clave: «Les dijo: El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado; por lo tanto, el Hijo del Hombre es Señor también del sábado».

Marcos 2:27, 28

Pasajes seleccionados:

Marcos 2:23-28

El cuarto mandamiento que Dios dio a Israel fue: «Acuérdate del día de reposo para santificarlo. [...] No harás en él ningún trabajo». (Éxodo 20:8-11). Dios explicó el significado del mandamiento, afirmando: «Es una señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy el Señor que os santifica». Éxodo 31:13, 14

A través del profeta Isaías, Dios proporcionó un significado más profundo de este mandamiento, explicando: «Si llamáis al sábado una delicia y al día santo del Señor honorable; y si lo honráis al no seguir vuestros propios caminos ni buscar vuestro propio placer, ni hablar palabras vanas, entonces os deleitaréis en el Señor». Isaías 58:13, 14

El propósito de este día de descanso semanal no era meramente el reposo físico, sino que, como explicó el profeta Isaías, se trataba sobre todo de un día para pensar en Dios y honrarlo con deleite. Ni Jesús ni los apóstoles dieron a la iglesia ningún mandamiento con respecto al día de reposo. Como

escribió Pablo: «No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia». Romanos 6:14, 15

Sin embargo, en la época de la Primera Venida de Jesús, muchos líderes religiosos judíos se habían vuelto formalistas, poniendo mayor énfasis en los mandamientos literales que en su significado más profundo. En esta lección, los fariseos habían acusado a los discípulos de Jesús de violar el sábado, porque al pasar por un campo de trigo y como tenían hambre, habían frotado algunos granos entre sus manos para comerlos. Lucas 6:1,2

Jesús no violó el mandamiento del sábado ni enseñó a otros judíos a hacerlo. Él era judío y estaba obligado a guardar el sábado. Sin embargo, se opuso a las interpretaciones erróneas y sin sentido de los mandamientos de Dios. En consecuencia, Jesús explicó en esta lección que «el sábado fue hecho para el hombre».

La palabra «sábado» significa descanso. En otra parte, Pablo escribió: «Nosotros los que hemos creído entramos en el reposo» (Hebreos 4:3). Es un descanso de fe y confianza en el Señor, y no el descanso físico literal de los judíos. El apóstol continúa: «Queda, pues, un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha cesado de sus propias obras, como Dios de las suyas. Esforcémonos, pues, por entrar en ese reposo, no sea que alguno caiga siguiendo el mismo ejemplo de incredulidad». Hebreos 4:9-11

Al principio, parece contradictorio «esforzarnos» para «entrar en el reposo». Sin embargo, hay una verdad importante en esta exhortación. Este descanso es aquel al que entramos al hacer un

esfuerzo diario por desarrollar una fe completa en Dios y una dependencia de Él. Es un descanso de plena confianza en las promesas de Dios, basado en el conocimiento, la seguridad y la obediencia. Gracias a nuestra relación con Dios a través de su Hijo, Jesús Cristo nuestro Señor, encontraremos fortaleza espiritual en este descanso.

Dicho descanso será proporcional a nuestra fe en Dios y en todas sus promesas. Por lo tanto, para los seguidores del Señor, cada día debería ser un día de reposo o de descanso, en el sentido adicional de pensar en el Señor y honrarlo con alegría en todos nuestros pensamientos, palabras y acciones.

Exhortándonos unos a otros

Versículo clave: *«Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras».*
Hebreos 10:24

Pasajes seleccionados:
Hebreos 10:22-25

Normalmente, la palabra «estimular» se usa para describir el hecho de provocar ira o rencor. Sin embargo, en nuestro versículo clave, el apóstol usa esta palabra para describir una incitación al bien, un estímulo al crecimiento cristiano en el amor y las buenas obras. Otra traducción de esta frase es «motivarnos unos a otros».

Motivarnos unos a otros al amor y a las buenas obras es el verdadero objetivo y propósito de los seguidores del Señor cuando se reúnen. Todos necesitamos la ayuda y el aliento que provienen de la comunión con aquellos que comparten nuestra misma fe preciosa. El apóstol también destaca que la comunión con los hermanos se vuelve cada vez más esencial a medida que «vemos que se acerca el día». Hebreos 10:25

Para animarnos debidamente unos a otros al amor y a las buenas obras, el apóstol señala que primero debemos «considerarnos unos a otros». Esto implica que necesitamos desarrollar un corazón compasivo hacia los demás, teniendo en cuenta sus pruebas, dificultades y debilidades. Hay un hermoso equilibrio espiritual descrito en esta exhortación a

«animarnos unos a otros» al amor y a las buenas obras. Ni el amor ni el celo por las buenas obras son independientes el uno del otro. El verdadero amor cristiano no puede existir a menos que se manifieste en buenas obras. Tampoco puede haber obras consideradas buenas, a los ojos del Señor, a menos que sean el resultado o la manifestación del verdadero amor cristiano.

Las buenas obras son descritas en otra parte por el apóstol Pablo como una «obra de amor». (1 Tesalonicenses 1:3). Esto muestra que el verdadero amor «trabaja» o actúa. Tal amor no es meramente una disposición amable, sin obras de amor, suponiendo que eso sea suficiente para agradar a Dios. El amor que debe llenar y controlar nuestra vida cristiana es el amor de Dios, el amor que posee y ejemplifica nuestro Padre Celestial en su actitud hacia la raza caída. Dios amó tanto a nuestra raza humana caída que dio lo que le costó más que cualquier otra cosa que pudiera haber dado: a su Hijo engendrado y bienamado, Jesús. (Juan 3:16). En Jesús tenemos un ejemplo de la combinación perfecta del amor verdadero y las buenas obras. Por supuesto, no podemos realizar todas las obras que hizo nuestro Salvador, pero podemos esforzarnos por desarrollar el espíritu que nos impulse a hacer todo lo que podamos.

La palabra griega «*koinonia*», traducida en el Nuevo Testamento como «*comunión*», significa «*asociación*» (Gálatas 2:9; Filipenses 1:5; 1 Juan 1:6, 7). La comunión cristiana es más que simplemente reunirse para discutir creencias comunes. El deseo de reunirnos unos con otros debe ser impulsado por la comprensión de que

hemos sido llamados por Dios para ser colaboradores suyos en su gran plan para la iluminación y la salvación del mundo de la humanidad, maldito por el pecado. 2 Corintios 5:17-21; 6:1

Pablo destaca la obra en la que hemos sido invitados a participar, explicando: «Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo... y nos ha encomendado a nosotros la palabra de la reconciliación. Ahora, entonces somos embajadores de Cristo». (2 Corintios 5:19, 20). Esto significa que, si somos fieles hasta la muerte, participaremos con Cristo, nuestra Cabeza, en la gran obra de reconciliar al mundo perdido de la humanidad con Dios. Esta es la obra común en la que todo seguidor asido del Maestro es un colaborador. «Provocar» o «motivar» unos a otros a la fidelidad en relación con esta causa debería ser un objetivo principal cuando nos reunimos.

El viaje de Israel al Mar Rojo

«Ahora bien, estas cosas les sucedieron como ejemplo, y fueron escritas para nuestra advertencia, sobre quienes han llegado los fines de los siglos».
1 Corintios 10:11

Tras la muerte de los primogénitos de Egipto y el paso por alto de los primogénitos de Israel, el faraón decidió dejar ir a los israelitas (Éxodo 12:29-32). La mañana siguiente a la memorable noche de la Pascua, se reunieron en Ramsés para iniciar su viaje hacia Canaán, la tierra que Dios había prometido a Abraham (Génesis 15:18-21; Éxodo 3:8). En nuestro pasaje bíblico inicial, el apóstol Pablo dice que las cosas que les sucedieron a los israelitas fueron escritas como ejemplos, o «tipos», para nuestra enseñanza. Como cristianos, podemos extraer lecciones de la manera en que Dios trató a este pueblo antiguo, lo cual debería ayudarnos a evitar los errores que ellos cometieron y a ejercer una fe mayor en el cuidado de Dios sobre nosotros que la que ellos tuvieron.

Ramesés, desde donde los israelitas comenzaron su viaje, fue una de las «ciudades del tesoro» construidas para el faraón por este pueblo esclavizado. (Éxodo 1:11; 12:37). Ramesés era también el título del faraón opresor, y se convierte en un nombre muy apropiado para la ciudad desde donde los israelitas comenzarían su viaje hacia la tierra prometida de Canaán. Los egipcios eran adoradores del sol. Su dios del sol era «Ra». No es

de extrañar que este faraón se atribuya el título de Ramsés, que significa «hijo del sol». Sabemos, sin embargo, desde el punto de vista de la Verdad, que Ramsés no fue en realidad un dador de luz ni para Egipto ni para los israelitas. Fue él quien había esclavizado tanto a los hijos de Israel que clamaron por la liberación. Su Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, los escuchó y los liberó. Éxodo 2:23-25; 3:7-10

Hay una correspondencia interesante a este respecto en relación con el trato de Dios hacia los cristianos de hoy, es decir, los israelitas espirituales. (Romanos 8:14; Hebreos 3:5, 6; 1 Pedro 2:5, 9, 10). Nosotros también, por así decirlo, tenemos un faraón que nos oprime. Es Satanás, originalmente llamado Lucifer, que significa «portador de luz». Al igual que el faraón de antaño, él ha estado lejos de ser una luz verdadera. Sin embargo, mediante sus diversos métodos engañosos, se ha presentado como un «ángel de luz» (2 Corintios 11:14). Es cierto que, bajo la dirección de Satanás, el pueblo que profesa a Dios ha sido llevado a construir ciudades del tesoro: grandes sistemas eclesiásticos que se han disfrazado de verdaderas ciudades de Dios. Notamos, sin embargo, que Egipto no representa simplemente a los grandes sistemas eclesiásticos, así como sus ciudades del tesoro no constituían todo Egipto. Egipto representa más particularmente el mundo o reino de las tinieblas y la muerte en el cual, en un momento u otro, todos los israelitas espirituales de Dios han sido esclavizados. Romanos 8:21-23; Gálatas 4:1-7

No había nada que los esclavos de Israel pudieran hacer respecto a su propia liberación. La liberación

de Egipto fue obra de Dios. Es Dios también, a través de su providencia soberana y por medio de la sangre derramada de Jesús, el Cordero pascual mayor, quien lleva a cabo nuestra liberación, nuestra redención. (Juan 1:29; 1 Corintios 5:7). Es bueno señalar a este respecto que, aunque la sangre rociada del cordero pascual resultó en la liberación de Israel de Egipto, no los llevó necesariamente a la tierra prometida. Así ocurre con los israelitas espirituales de hoy. Dios nos ha liberado por medio de la sangre de Jesús, pero es necesaria una fidelidad continua a las condiciones de nuestro llamado si queremos entrar finalmente en el Canaán celestial.

La fe continua en el Dios que los había liberado por medio de la sangre de la Pascua era la única garantía que tenían los israelitas de entrar finalmente en la tierra prometida. Este ejercicio de fe al rociar la sangre del cordero pascual sobre sus dinteles y postes de las puertas fue considerado por Dios como una manifestación de su obediencia. (Éxodo 12:22, 23). El hecho de no continuar ejerciendo este mismo grado de fe fue considerado por Dios como una manifestación de su desobediencia. Dios recordó que no eran más que polvo y continuó soportándolos durante un largo período de tiempo. (Salmo 103:14; Romanos, capítulo 11). Sin embargo, su persistencia en dudar y en olvidarse de Dios hizo que Él finalmente dejara de luchar por ellos. Por este fracaso en continuar fieles y obedientes, los hizo volver, no a Egipto, sino al desierto para morir. (Números 14:22, 23). Recordemos bien las palabras de nuestro texto inicial, en el que Pablo nos dice que lo que le sucedió a Israel les sucedió como ejemplo. Que su

ejemplo de incredulidad y desobediencia sea una advertencia que nos ayude a caminar con mayor fidelidad y a ser «dignos de la vocación» a la que hemos sido llamados. Efesios 4:1

No nos atrevamos a subestimar a Dios, ni consideremos lo que ha hecho por nosotros como algo ordinario y común. No debemos dar por sentado que, solo porque una vez se ocupó de nosotros cuando aún estábamos en nuestros pecados, dándonos la liberación a través de la sangre derramada de Jesús, seguirá ocupándose de nosotros sin que demostremos una apreciación y una fe cada vez mayores. Es a través de nuestra fe y obediencia a Dios que mostramos nuestro agradecimiento por lo que ya ha hecho por nosotros. Sin duda, esto es lo que el apóstol quiere decir cuando dice: «Sin fe es imposible agradarle» (Hebreos 11:6). No es razonable suponer que Dios seguirá derramando sus «bendiciones espirituales» sobre nosotros si no las usamos como un medio para fortalecer nuestra fe en él y aumentar nuestro celo por él y su causa. Efesios 1:3

«Sin ciudad permanente»

Todos los israelitas estaban listos para partir hacia la tierra prometida, listos para aceptar la liberación que Dios les ofrecía. En consecuencia, se reunieron en Ramsés, y de allí viajaron a Sucot (Números 33:5). El nombre Sucot significa «*cabañas*» y es un buen recordatorio del hecho de que su viaje hacia Canaán, aunque les daba libertad y los liberaba de la servidumbre en Egipto, era, por otro lado, un llamado a la abnegación de muchas de las comodidades y necesidades que sin duda les proporcionaban sus hogares en Egipto.

Los israelitas ya no disfrutarían de la protección de casas y techos sobre sus cabezas. A partir de entonces, debían vivir en tiendas de campaña hasta llegar a la tierra prometida. En esto hay una lección para los israelitas espirituales que han iniciado su viaje de peregrinaje hacia el Canaán celestial e e del descanso. No puede haber una «ciudad permanente» que les brinde protección contra las dificultades del camino mientras viajan actualmente. (Hebreos 13:14). Como hijos espirituales de nuestro Padre Celestial, que viajamos hacia la tierra espiritual de la promesa, no buscamos fuentes materiales para nuestra protección. En cambio, cada uno de nosotros habita en moradas temporales y humildes sobre las cuales Dios vela, y tenemos la seguridad de que él no se adormece ni duerme. (Salmo 121:3,4). Sus preciosas promesas de gracia y protección para cada momento de necesidad proporcionan un bendito dosel entre nosotros y las tormentas y las pruebas ardientes que, de otro modo, nos abrumarían. Hebreos 4:16

Los israelitas viajaban bajo el dosel de una nube proporcionada por Dios. (Éxodo 13:21, 22). Esto bien podría recordarnos la infinitud de la gracia de Dios con la que estamos rodeados y «que para los que aman a Dios, es decir, para los que son llamados según su propósito, todas las cosas cooperan para bien». (Romanos 8:14-17, 28). Esta gracia no debe ser obstaculizada ni menoscabada. No se debe permitir que ninguna nube terrenal se interponga entre nosotros y nuestro Dios. Debemos poder mirar siempre hacia el manto de su gracia y amor y así percibir un sentido cada vez mayor de su misericordia y cuidado. Debemos recordar, sin embargo, que el amor y la gracia de Dios hacia

nosotros no siempre se manifiestan simplemente en las experiencias agradables de la vida. Las pruebas y los sufrimientos que el Señor permite que nos sobrevengan son igualmente manifestaciones de su amor. Necesitamos estas experiencias también para fortalecernos en él «y en el poder de su fuerza». Efesios 6:10

Tomemos como ejemplo dos plantas de la misma especie. Dejemos que una crezca en el sótano, donde no hay luz ni aire fresco; y dejemos que la otra crezca en un jardín al aire libre. Después de unas semanas, observemos la diferencia entre las dos plantas. Una estará sana y fuerte, la otra débil y frágil. La planta del sótano está protegida del viento y la lluvia, pero es precisamente esta protección la que le impide crecer fuerte y resistente. Por otro lado, la planta que crece al aire libre se fortalece en su lucha contra los elementos, ayudada por el alimento que le proporcionan el resplandor del sol y la humedad vitalizante de la lluvia. Bajo este gran dosel del cielo, la planta prospera gracias a todos los diversos elementos y factores que contribuyen a su desarrollo y fortaleza.

Los verdaderos israelitas espirituales tienen experiencias que abarcan todas las fases de la gracia de Dios, por medio de las cuales crecen en Cristo. Esta exposición es lo que realmente fortalece al cristiano fiel. Es el viento adverso que sopla sobre un árbol lo que hace que este se vuelva cada vez más fuerte, a medida que hunde sus raíces cada vez más profundamente en la tierra. Sin embargo, hay que tener en cuenta que es la luz del sol el medio vital de su sustento y vida, lo que le da la capacidad de resistir las tormentas. Nosotros también nos

fortalecemos a través de nuestra resistencia a las tormentas de la vida, pero es por medio de la luz del sol del favor de Dios que se nos da el ánimo y la capacidad de ser fieles, incluso hasta la muerte.

El celo con el que los israelitas comenzaron su viaje por el desierto no continuó. En esto tenemos una ilustración muy vívida de lo que puede ocurrir en nuestras propias experiencias individuales si no nos vigilamos cuidadosamente a nosotros . Existe la posibilidad, incluso el peligro, de perder nuestro «primer amor». (Revelación 2:4). Según Números 33:6-8, al principio los israelitas parecían haberse desplazado en general hacia el este, pero de repente se les ordenó que giraran hacia el sur. Lo más natural para ellos habría sido seguir hacia el este, pues así habrían llegado a los pequeños arroyos situados al norte del Mar Rojo, que sin duda habrían sido mucho más fáciles de cruzar y más directamente en línea con Canaán, su meta.

El rumbo de los israelitas parece haber sido inconsistente, porque en lugar de aumentar la distancia entre ellos y el dominio del faraón, la estaban acortando. No solo eso, sino que estaban aumentando la barrera entre ellos y la tierra prometida. Sin embargo, la explicación es que este movimiento fue dirigido por Dios. El relato dice: «Y el Señor iba delante de ellos... para guiarlos por el camino». Éxodo 13:21

Siguiendo la dirección de Dios

Para los israelitas espirituales hay muchas ocasiones en las que Dios los dirige, no en caminos de progreso según la carne, sino en la dirección opuesta, para que la demostración de la gracia y el

poder de Dios sea mayor. No debemos elegir nuestro propio camino, sino dejar siempre que Dios dirija nuestro rumbo, aunque, a veces, este rumbo parezca muy peligroso. «Hay un camino que al hombre le parece recto, pero su fin» no es la liberación plena y completa que esperamos. Proverbios 14:12

Si se nos dejara elegir nuestro propio camino, nos inclinaríamos a seguir nuestras tendencias y preferencias naturales. El camino de la carne suele ser seguir la línea de menor resistencia . Sin embargo, de esta manera Dios no puede ser glorificado ni nuestra fe puede ser demostrada adecuadamente. Por lo tanto, es fácil tener fe mientras podemos ver la orilla más lejana, pero cuando la niebla se instala, obstaculizando nuestra visión natural, es entonces cuando necesitamos ejercer una fe firme en Dios.

Para ampliar esta ilustración, cuando se viaja en barco en un día claro y soleado, uno puede prestar poca atención a la habilidad y competencia del piloto. Sin embargo, cuando se instala una espesa niebla y los viejos y familiares puntos de referencia ya no son visibles, es entonces cuando apreciamos al piloto y su capacidad para llevarnos a salvo al puerto deseado. En tales circunstancias, no hay nada que uno pueda hacer, excepto depositar toda su confianza en el piloto. Nuestra inquietud, nerviosismo, recelos, dudas y preocupaciones no ayudarían en lo más mínimo. Debemos permanecer firmes en la fe, mientras el piloto nos guía a través de la tormenta.

¡Cuán cierto es esto en nuestro viaje espiritual! Hay momentos en que, en la providencia de Dios, no

podemos hacer nada para salir de una situación difícil. En esos momentos, no hay nada que podamos hacer, salvo poner nuestra confianza totalmente en Dios, dándonos cuenta de que él es el único capaz de sacarnos adelante. (Salmo 34:19; 2 Corintios 1:9, 10). Es entonces cuando nuestras situaciones extremas se convierten en oportunidades de Dios.

Dios llevó a los israelitas a una situación extrema para que tuvieran la oportunidad de «quedarse quietos» y ver su salvación (Éxodo 14:13). Él cambió su rumbo y los llevó a Pi-Hahiroth. Este era verdaderamente un lugar donde, según la carne, sus corazones se desanimarían por la desesperanza. En lugar de encontrar completa su liberación de Egipto, se encontraron en una e e aparentemente peor que cuando emprendieron el viaje. ¿Recordaron entonces al Dios que ya había hecho tanto por ellos? No. Murmuraron y lloraron. Solo veían el Mar Rojo delante de ellos y a los egipcios detrás de ellos. No veían ninguna vía de escape porque descuidaron poner su confianza en Dios. Éxodo 14:10-12

Quizás nosotros también, como israelitas espirituales, hayamos llegado a un punto extremo y veamos ante nosotros y a nuestras espaldas lo que parecen ser obstáculos insuperables. El Señor puede llevarnos, por así decirlo, al Mar Rojo, donde toda vía de escape visible parece estar cortada. ¿Acaso en esos momentos tememos y temblamos ante la aparente fatalidad inminente? No deberíamos, porque es aquí donde Dios tiene su gran oportunidad de darnos la liberación. Es a través de estas experiencias que aprendemos la lección

tan necesaria de que la liberación no proviene de nosotros mismos, sino de Dios. Es en momentos así que Él nos dice, como lo hizo al antiguo Israel a través de su siervo Moisés: «No temáis, quedaos quietos y ved la salvación del Señor». Éxodo 14:13

Es en estos momentos cuando Dios, si se lo permitimos, se convierte en nuestra torre de refugio, nuestra torre de fortaleza. Hablando literalmente, ¿qué bueno es cuando nos hemos perdido en el bosque y ya no sabemos cómo salir, y de repente vemos una torre familiar, marcando un punto, que, si logramos alcanzarla, significará seguridad para nosotros! Dios es precisamente esa torre de fortaleza y liberación, que nos trae salvación en nuestros momentos de mayor necesidad. (Salmo 61:1-3; Proverbios 18:10). Sin Él, estaríamos irremediablemente perdidos en el desierto de la desesperación.

El relato nos dice que Dios dirigió a los israelitas a Pi-Hahiot, «entre Migdol y el mar». (Éxodo 14:2; Números 33:7). Migdol significa «torre» (). ¡Qué significativo es esto! Fue aquí donde Dios se reveló a los israelitas como una torre de refugio. Él instruyó a Moisés sobre lo que debía hacerse dadas las circunstancias. La obediencia a estas instrucciones trajo la liberación a través del mismo mar que, poco tiempo antes, se había presentado como una barrera casi impenetrable para su huida. La nube que iba delante de ellos se colocó ahora en la retaguardia del campamento, convirtiéndose en una columna de oscuridad para los egipcios y una columna de luz para los israelitas, impidiendo que los egipcios los alcanzaran durante toda la noche (Éxodo 14:19-22). Por la mañana, el Mar Rojo se

había abierto y ellos lo atravesaron para ponerse a salvo.

Los israelitas espirituales a menudo tienen experiencias permitidas por Dios mediante las cuales se pone a prueba su fe. Estas nos ayudan a aprender la lección: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9). Es muy importante que nos demos cuenta de que no es por nuestra propia fuerza que obtenemos la liberación. Es muy necesario que, a veces, «nos quedemos quietos» y veamos la salvación de Dios. Esto no significa una actitud apática o desinteresada, sino que significa una confianza tranquila en él. Es una confianza que nace de la fe, de que mayor es el que está a nuestro favor que todos los que están en contra nuestra. (Romanos 8:31; 1 Juan 4:4). Al poner así nuestra confianza en Dios y cooperar con Él mientras Él dirige nuestros caminos, la victoria y la liberación están aseguradas.

Tener plena fe en Dios significa que confiaremos en él en todas las circunstancias. Confiaremos en él cuando nos diga que nos quedemos quietos, y confiaremos y obedeceremos cuando nos instruya a seguir adelante. No movernos cuando el Señor nos da órdenes de marcha manifestaría una falta de fe, tanto como no quedarnos quietos cuando nos pide que lo hagamos. Sin embargo, ya sea quedándonos quietos o avanzando a su mandato, nuestros corazones deben estar siempre en reposo, pues incluso ahora descansamos en la comprensión de su obra consumada. Solo así podremos entrar en el reposo que nos es provisto por la fe en Cristo Jesús.

(Hebreos 4:9-11). Toda nuestra obra para el Señor y todo nuestro progreso en el camino estrecho deben basarse en este reposo tranquilo y confiado en Él y en sus promesas, y estar en armonía con ellos. Estos nos dan la seguridad de que, pase lo que pase, todas las cosas cooperan para nuestro bien. (Romanos 8:28). Así, en anticipación del final del camino y de la Canaán de descanso que allí se encontrará, podemos, incluso ahora, en medio de la lucha y la dificultad del camino, dar gracias a Dios, quien «nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesús Cristo». 1 Corintios 15:57